

PERU Y OPHIR EN GARCILASO INCA, EL JESUITA  
PINEDA Y GREGORIO GARCIA

José Durand  
*University of California, Berkeley*

A principios de siglo era frecuente considerar a Garcilaso ingeniero, de buena pluma, aunque no un humanista cabal, pese a su excelente versión de los *Diálogos de amor* de León Hebreo. Hasta se llegó a dudar la autenticidad de esa traducción. La idea actual es enteramente distinta. Vivió ligado a eruditos ilustres; sólo entre autores relacionados con su obra histórica se hallan figuras de primera magnitud, como el cronista regio Ambrosio de Morales, el gran filólogo Bernardo de Aldrete y el escriturario jesuita Juan de Pineda, entre otros; Pineda —homónimo del distinguido autor franciscano—, por dos siglos fue leidísimo y respetadísimo en Europa entera.<sup>1</sup> Abundantes noticias sobre las amistades del Inca en Andalucía permiten apreciar el ambiente intelectual en que se movió. Sorpresas menudas pero repetidas, datos curiosos y reveladores, adquieren valor conjunto. Queda aún bastante por esclarecer, pero conviene dar cuenta de hechos ya establecidos. La próxima publicación de una olvidada obra de fray Gregorio García, el *Origen de los indios*, me lleva a adelantar noticias, pues este dominico figura entre los varones con quienes trató Garcilaso.<sup>2</sup>

Por el momento habrá que limitarse a un tema: la discusión sobre el origen del nombre del *Perú*, y su identificación supuesta con el *Ophir* bíblico, tesis peregrina pero sostenida por autores de la talla de Arias Montano. Esa legendaria región aurífera, frecuentada por la flota de Salomón, se identificaba al *Pirú*,

- 
- 1 Sobre los autores que trató el Inca en España hay pocas indicaciones en José de la Riva-Agüero, "Elogio del Inca Garcilaso de la Vega" (Lima, 1916), ahora en sus *Obras completas*, vol. II (Lima, 1962). La referencia de Garcilaso a Pineda se halla en la *Genealogía de Garcipérez de Vargas*; La consigna José de la Torre y del Cerro, *El Inca Garcilaso de la Vega. Nueva documentación*, Madrid, 1935, p. XXI. Apoyándose en Miguel Artigas (*Don Luis de Góngora y Argote*, Madrid, 1925), Aurelio Miró-Quesada dio más referencias (*El Inca Garcilaso*, Lima, 1947, cap. VI). Luego fue creciendo el caudal de noticias. Tiene particular interés Eugenio Asensio, "Dos cartas desconocidas sobre el Inca Garcilaso", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. VII, México, 1954, pp. 583-589 (en adelante *NRFH*). Sobre amigos jesuitas, particularmente Prado, Maldonado, Pineda y Villalpando, adelanté información en "El nombre de los Comentaristas reales", *Revista del Museo Nacional*, vol. XXXII, Lima, 1963, pp. 321-331; sálvense erratas. Sobre Roa, el canónigo Pizaño y otros, en "El Inca llega a España", *Revista de Indias*, Madrid, 1965, n.º 99-100, pp. 27-43, y "Los Comentaristas reales y dos sermones del Doctor Pizaño", *NRFH*, vol. XXIV, 1975, pp. 292-307; véase también *infra*, nota. 4.
  - 2 Pronto aparecerá en México, por el Fondo de Cultura Económica, este importante libro, prologado por Franklin Pease G.Y.; con tal motivo hemos tratado largo e intercambiado observaciones y noticias. Ya era tiempo de difundir este curiosísimo testimonio de época. El dominico García publicó el *Origen de los indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales* en Valencia, 1607; uso la reimpresión, ciertamente atribuida a Andrés González de Barcia (Madrid, 1729) El Dr. Pease me incitó a publicar el presente artículo, cuyos materiales guardo desde mucho.

o bien al Perú y México unidos. Ello lo rechazaron, entre otros, José de Acosta, Garcilaso y también el jesuita Pineda. Es materia amplia y compleja, sobre la cual abundan noticias dispersas. Tras recordarlas sumariamente, convendrá reordenar el asunto.

En 1948 y 1949 estudié la relación del Inca con Aldrete, uno de los más eminentes filólogos de Europa a principios del XVII<sup>3</sup>. Antes de imprimir sus *Comentarios*, Garcilaso le comunicó al sabio humanista información sobre el nombre *Perú*. El Inca trató originalmente el punto en una antigua versión de la *Florida*, aunque después, por demorarse la impresión de esta obra, el pasaje se trasladó a los *Comentarios reales*. Años después caí en la cuenta de que la noticia dada a Aldrete tenía antecedentes: Garcilaso le había facilitado esos datos a Pineda, quien los utilizó en sus explicaciones sobre el *Job*<sup>4</sup>. Impresa esta obra, la leyó fray Gregorio García, quien buscó al Inca para examinar la cuestión. Hubo luego toda una polémica, que resumió más tarde el propio Pineda al comentar a Salomón. Fray Gregorio, empeinado discutidor por principio y método, objetaba las ideas de Acosta, Pineda y Garcilaso. Todas estas consultas y disputas nos presentan a un Inca que, cuando sólo había impreso los *Diálogos*, merecía la consideración general. Esto lo confirman las menciones reiteradas de Aldrete, quien representa aquí la actitud final frente al Inca.

Base de este prestigio fue la duradera amistad de Garcilaso con los jesuitas andaluces, esbozada por Riva-Agüero y sólidamente documentada por José de la Torre y del Cerro;<sup>5</sup> hoy abundan noticias, pero un deslinde ordenado de estas relaciones aún no existe, aunque en parte he tratado de apuntarlo: hubo entonces en Andalucía una notabilísima escuela de escriturarios de la Compañía, encabezada por un amigo del Inca, Jerónimo de Prado, quien murió dejando trunca su obra mayor e inéditas otras obras.

A este grupo pertenecieron Juan Bautista de Villalpando, Luis del Alcázar, Juan de Pineda, Martín de Roa, y aun el joven Pedro Maldonado, hoy recordado porque le entregó al Inca los "papeles rotos" de Blas Valera; luego Maldonado dejó la orden, se hizo agustino y publicó varios libros<sup>6</sup>.

---

3 Sobre Aldrete y el clásico mestizo coincidieron Aurelio Miró-Quesada, (1948: 20-26) y mi "Biblioteca del Inca", (1948; 249-250); añadí "Dos notas sobre el Inca Garcilaso", (1949, pp. 278-290; este último trabajo lo recojo en 1976). El útil artículo de Miró-Quesada señaló un importante pasaje de Aldrete.

4 Cf. Durand 1963a; poco después mencioné la comunicación sobre *Perú* con Pineda y las referencias de éste a fray Gregorio García (1966:66 y 68); luego en 1971:5. Con la colaboración del P. Manuel Álvarez de Toledo, S.I., para la traducción del latín, Miró-Quesada citó posteriormente sólo uno de los pasajes de Pineda (1971:168).

5 De la Torre y del Cerro publicó varios protocolos que prueban la cordial relación del ilustre mestizo con la Compañía (*supra*, nota 1). Los ha elaborado luego, con mayor detalle, Aurelio Miró-Quesada.

6 Durand 1963a; sobre la entrega de los manuscritos de Valera hay nueva información (cf. *infra*, nota 32).

Estos eruditos, aunque maduros en el saber, eran de edad menor que Garcilaso, quien se lanzó a escribir tarde e imprimió su primer libro a los cincuenta y un años. Varios de ellos, todos quizá, tuvieron relación con el viejo doctor Ambrosio de Morales —consejero y quizás maestro del Inca—. Viene luego una generación posterior de la Compañía, en la cual aparece el retórico Francisco de Castro, joven admirador del clásico cuzqueño<sup>7</sup>. Baste por ahora recordar tan sólo a los biblistas, a propósito del Ofir.

#### *Antecedentes: de Pedro Mártir a Acosta*

Desde tiempos de Colón se creyó que la isla Hispaniola o Santo Domingo, con sus lavaderos de oro, era el Ofir. Así lo escribe Pedro Mártir en *De Orbe Novo*, década I. Esto lo recogió el famoso Francisco Vatablo en sus escolios al lib. III de los *Reyes*. Cuando aparecieron los tesoros de México y el Perú, la idea cobró nueva fuerza. Escrito con *ph*, el Ofir, transponiendo letras, se convertía en *Pirú*. Asentó esta opinión la autoridad de Benito Arias Montano, expuesta en el aparato crítico de su biblia políglota. Otro escriturario famoso, Genebrardo, era del mismo parecer. Todo ello, tanto por españoles como por extranjeros, se reseñó y discutió muchísimo, hasta llegar al padre Pineda y a fray Gregorio García, donde nos detendremos, aunque el debate continuó incansable. La opinión moderna, nacida de una mente lúcida, de extraordinario realismo científico, se había dado ya: José de Acosta, teólogo conocedor de la Escritura, a la vez que filósofo en el amplio sentido de entonces, interesado en múltiple saber —astronomía, geografía, historia natural y humana—, no quiso fundar sus interpretaciones en viejas autoridades, desligadas de la experiencia directa<sup>8</sup>, ni se disparó a excesos bizantinos. Escribía tras recorrer en persona buena parte de América, observando y meditando con admirable penetración. El dominico García anduvo por los mismos lugares, pero su cabeza se consumía en forcejeos dialécticos, carente de buen sentido y de realismo objetivo, base del saber científico naciente. Acosta comprendía muy bien lo que representaba cruzar el Atlántico y navegar el Pacífico. Las especulaciones al modo tradicional, hechas por quienes jamás salieron de Europa, como Pedro Mártir y aquellos celebrados

7 Hace años me llamó la atención don Eugenio Asensio sobre Melchor de la Cerda, S.J., cuyas obras poseyó Garcilaso (Durand 1948, N° 8). Como retórico, Cerda influyó en los colegios jesuíticos de la Provincia Bética... Según los catálogos trienales, el padre Roa enseñó por un tiempo ese curso en Córdoba, y mucho después lo hizo el mozo Francisco de Castro, quien le dedicó al Inca, en 1611, *De Arte Rhetorica* (*Ibid.*, no 26).

8 Sobre la importancia científica de Acosta, cf. Rowe, "Ethnography and Ethnology in the XVI<sup>th</sup> Century", *The Kroeber Anthropological Society Papers*, Berkeley, 1964, no 30. Para su sentido filosófico y explicación del mundo moderno, cf. el prólogo de Edmundo O'Gorman a su 2ª ed. de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, México, 1962. Sobre el esplendor y ocaso del gran sabio dentro de la Compañía, cf. Miguel de la Pinta Llorente, O.S.A., *Actividades diplomáticas del P. José de Acosta*, Madrid, 1952, y el prólogo de Francisco Mateos, S.I., a su ed. de *Obras del P. José de Acosta*, Madrid, 1954, B.A.E., vol. 73.

bibliastas, no siempre lo convencían. Claro está que su inteligencia excepcional no iba a persuadir a todos. Nada más lógico que fray Gregorio, para su mal, discrepe a menudo de Acosta. El sabio jesuita se atrevió a oponerse a Vatablo y Arias Montano. Pese al respeto que le merecen, escribe con una punta de ironía:

No falta también a quien le parezca que en las Sagradas Letras hay mención de esta India Occidental, entendiendo por el *Ophir* que ellas tanto celebran, este nuestro Pirú... y creyendo que en el tiempo que se escribió el libro del *Paralipómenon* se llamaba Pirú como ahora. Fúndanse en que refiere la Escritura que se traía de Ophir oro finísimo, y piedras muy preciosas, y madera escogidísima, de todo lo cual abunda, según dicen estos autores, el Pirú. Mas a mi parecer está muy lejos el Pirú de ser el Ophir que la Escritura celebra.

Da para ello variadas razones, llenas de sensatez, y las remata con una indicación filológica más cuerda todavía:

... Mas la etimología del nombre *Ophir* y reducción al nombre de *Pirú*, téngolo por negocio de poca sustancia, siendo como es cierto que ni el nombre del Pirú es tan antiguo, ni tan general a toda esta tierra. Ha sido costumbre muy ordinaria en estos descubrimientos del Nuevo Mundo, poner nombres a las tierras y puertos de la ocasión que se les ofrecía; y así se entiende haber pasado en nombrar a este reino Pirú. Acá es opinión que de un río en que a los principios dieron los españoles, llamado por los naturales Pirú, intitularon toda esta tierra Pirú; y es argumento de esto que los indios naturales del Pirú ni usan ni saben tal nombre de su tierra.

El pasaje se encuentra en la *Historia natural y moral de Indias*, Sevilla, 1590, lib. I, cap. 13, y asimismo en la versión latina, publicada un año antes<sup>9</sup>. Como se sabe, Acosta redactó la parte inicial de su obra hallándose en el Perú.

La base de su razonamiento, que seguirán Garcilaso y Pineda, se halla en su justa observación de no ser un nombre aceptado por la población indígena, sino puesto al azar. Habrá, sí, una discrepancia con la primera versión de Garcilaso, que recoge Pineda: el Inca no parece haber atendido entonces a la significación de *Perú* como 'río', dada no sólo por Acosta sino también por cronistas como Gómara y Zárate, a quienes Garcilaso conoció ampliamente.

Es frecuente encontrar unidos los nombres del Ofir y de Tarsis como regiones legendarias del Antiguo Testamento. Para Acosta (caps. 13 y 14), el derrotero a Tarsis desde Tierra Santa era navegando por el Mar Rojo, rumbo al Asia; por otra parte pensaba que Tarsis era, sencillamente, una vaga comarca. Siguiendo las *Antigüedades* de Flavio Josefo, rechaza la posibilidad de situar esta

9 En *De Natura Novi Orbis*, Salamanca, 1589, lib. I, cap. 13, una apostilla cita: "In Biblijs Roberti Stephani"; pero en la versión romance del año siguiente reza el texto: "Roberto Stephano, o por decir mejor Francisco Vatablo"; ya no va la apostilla anterior. Este célebre escritorario, Watebled, es citadoísimo por sus escolios, que publicó Robert Estienne. Creo lógica la reticencia ante el apellido de estos humanistas impresores, por hallarse notado de herejía, particularmente Henri Estienne. Al referirse a Tarsis, Acosta se adelanta a otro jesuita, el famoso bibliasta Francisco de Ribera (*In duodecim prophetas commentarii historici selecti*, Salamanca, 1598, "In

región en el Nuevo Mundo:

... La principal razón que me mueve a pensar que Ophir está en la India Oriental y no en esta Occidental, es porque no podía venir acá la flota de Salomón sin pasar toda la India Oriental y toda la China, y otro infinito mar; y no es verosímil que atravesasen todo el mundo para venir a buscar acá el oro, mayormente siendo esta tierra tal que no se podía tener noticia de ella por viaje de tierra, y mostraremos después que los antiguos no alcanzaron el arte de navegar que agora se usa, sin el cual no podían engolfarse tanto. Finalmente, en estas cosas, cuando no se trae indicios ciertos sino conjeturas ligeras, no obligan a creerse más de lo que a cada uno le parece.

Esa misma actitud de mirar como elocubraciones fútiles tales opiniones la recogerá casi con las mismas palabras Juan de Pineda. Más todavía, el cuerdo parecer de Acosta será:

... Y si valen conjeturas y sospechas, las más son que en la Divina Escritura los vocablos de Ophir y de Tarsis las más veces no significan algún determinado lugar, sino que su significación es general cerca de los hebreos, como en nuestro vulgar el vocablo de *Indias* es general, porque el uso y lenguaje nuestro nombrando *Indias* es significar unas tierras muy apartadas y muy ricas, y muy extrañas de las nuestras.

(*Ibid.*, cap. 14).

El jesuita, pues, parte de una clara aceptación de la idea del progreso. Más adelante, en el cap. 18, insiste en negar tal fabulosa navegación de la flota salomónica, por parecerle imposible. Ya en el lib. IV, cap. 39, insistirá, reafirmandose.

Pese a las muchas discusiones posteriores, el parecer de Acosta es el único coherente y sensato. Lo compartió, manteniéndose firme, el Inca Garcilaso. Lejos de ingenuo, resulta en ello un hombre culto, capaz de comprender el espíritu de su tiempo.

### *El primer texto de Pineda*

Juan de Pineda, a quien el historiador jesuita Miguel Astráin presenta como figura eminente de la orden, nació en Sevilla, en 1558; esta fecha, que da Astráin, se corrobora en los catálogos trienales que existen en los archivos de la Compañía<sup>10</sup>. A Pineda lo recuerdan, desde el siglo XVII, todos los repertorios de glorias sevillanas. En 1587, mozo aún, enseñaba artes en el colegio de San Hermenegildo de su ciudad natal. Ya en 1591 lo encontramos en el colegio de

<sup>10</sup> *Ionae*", cap. 1, pp. 188-192); también García atacará al doctor Ribera (*Origen de los indios*, lib. I, cap. 2, § 2). Fray Gregorio manejaba las obras más recientes. Cf. Miguel Astráin, S.I., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, Madrid, vol. IV, 1913, pp. 51-52. Para las informaciones que doy, uso principalmente los catálogos trienales de sujetos que se hallan en el Archivo Histórico de la Compañía de Jesús, Roma, *Bética*, en los años correspondientes; también los que están en el Archivo de la Provincia de Toledo, S.I., Alcalá de Henares. Agradezco a los padres Miguel Batllori, Antonio de Egaña y Francisco Mateos por las facilidades de acceso que me dieron.

Santa Catalina de Córdoba, siendo maestro de Sagrada Escritura. Para entonces, Jerónimo de Prado, a quien sucedió, había pasado a Sevilla. Todavía en abril de 1593, Pineda, de 35 años, se encontraba en Córdoba, enseñando y escribiendo sus copiosísimos comentarios al libro de *Job*, universalmente admirados desde su publicación, aunque materia de una pulla de Góngora. Las fechas anteriores concuerdan con una referencia al jesuita que Garcilaso hace en la *Genealogía de Garcipérez de Vargas*.<sup>11</sup> Cuenta allí que deseaba salvar de la censura las amatorias *Liciones de Job* que compuso su lejano pariente Garcisánchez de Badajoz, para lo cual el historiador peruano quería volverlas a lo divino mediante la colaboración de un “teólogo poeta”. El más indicado era Pineda, sabio en el libro de *Job* a la vez que autor de obras en verso que hoy conserva un cancionero jesuítico<sup>12</sup>. El deseo de reelaborar el poema de Garcisánchez, gustadísimo por Garcilaso, salió de éste y no del jesuita, contra lo que a menudo se lee. Refiere el Inca que “tenía concertado” realizar esta tarea “con el muy reverendo padre maestro Juan de Pineda, . . . galanísimo catedrático que fue en el colegio de la Compañía de Jesús en Córdoba, . . . en las vacaciones del estío pasado de noventa y cuatro”.

El Inca tuvo que dejar la ciudad antes del verano, y cuando regresó ya había perdido la oportunidad de contar con “la promesa de un tan eminente varón como el padre. . . Pineda, porque cuando volví a Córdoba de haber socorrido mi necesidad, eran ya pasadas las vacaciones. En testimonio de la cual pérdida doy fe que esta cláusula se añadió y escribió en esta triste ausencia y peregrinación mía, sacando en limpio este proemio”<sup>13</sup>. La exactitud de estas noticias de Garcilaso se comprueba puntualmente, pues el biblista jesuita figura en Sevilla en catálogos de 1597, 1599, 1600 y aún después. No parece haber regresado a Córdoba.

Cabe así fijar, con mucha aproximación, el tiempo en que trataron ambos. Gracias a los documentos hallados por Porras Barrenechea y por José de la Torre y del Cerro<sup>14</sup>, sabemos que Garcilaso arraigó definitivamente en Córdoba, tras vender la casa familiar de Montilla, en octubre de 1591; antes viajaba a menudo a esta ciudad. Por entonces, su ocupación principal era el revisar y concluir la *Florida*, en compañía del viejo conquistador Gonzalo Silvestre, quien murió en

---

11 Biblioteca Nacional de Madrid, ms. 18109, fº 5; hay varias ediciones, una de ellas en facsímil, prologada por Raúl Porras Barrenechea: Inca Garcilaso de la Vega, *Relación de la descendencia de Garcí Pérez de Vargas*, Lima, 1951).

12 Don Antonio Rodríguez Moñino me mostró en Berkeley, 1968, un cancionero manuscrito de jesuitas andaluces; figura allí Juan de Pineda.

13 Estudio la *Genealogía* en “El proceso de redacción de las obras del Inca Garcilaso”, I, *Anales de la Faculté des Lettres d’Aix*, Aix-en-Provence, 1962, pp. 260-266.

14 Véase el excelente prólogo y el copioso material inédito que ofrece Raúl Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso en Montilla*, Lima, 1955, docs. 173-185; y también De la Torre y del Cerro, *ob. cit.*, docs. 2-7.

un pueblo próximo, Las Posadas, en 1592. Afirmar que la comunicación entre el Inca y Pineda sobre *Perú* ocurrió hacia fines de 1593 o principios del 94 es harto verosímil. Tal fecha tiene particular interés, pues la *Historia* de Acosta había aparecido en Sevilla poco atrás, en 1590. Desde 1589, el padre Acosta, en el esplendor de su poder dentro de la orden, había efectuado la visita oficial de la Provincia Bética, durante dos años. No es imposible que entonces Garcilaso lo hubiera conocido, pero de ello tampoco hay testimonio, y en aquel período el Inca iba continuamente a Las Posadas, donde la Compañía no tuvo casa. Garcilaso era todavía personaje oscuro, y su primer libro aún no había circulado.

Los *Commentariorum in Job, Libri Tredecim* de Juan de Pineda aparecieron por primera vez en Madrid, 1597; el segundo volumen —el que aquí interesa—, sólo en 1601. Hubo de inmediato una reimpresión sevillana y siguieron otras muchas. Anotando el cap. 28, versículo 16, lo cual se halla en el vol. II, Pineda sostiene que el Ofir estuvo situado en la India Oriental. Para ello cita a Adricomio y sobre todo a “nuestros escritores”, los jesuitas Francisco de Ribera, Gaspar Barreyros y Benito Pereyra, así como a José de Acosta. Descarta enseguida las ideas de Arias Montano, Genebrardo y Goropio sobre la equivalencia de *Ophir* y *Pirú*, así como la opinión de Vatablo; y concluye:

... ¡Pero qué débiles, qué ligeras son estas conjeturas en asunto harto incierto! ¡Qué débil es también el trueque de nombres con el vocablo hebreo, cuando ni los mismos indios peruanos jamás oyeron, antes de la venida de los españoles, que su tierra se llamara así, sino que lo recibieron como introducido o inventado por los españoles poco antes:

*Verdadera significación e imposición  
del nombre del Perú.*

Recuerdo que traté familiarmente sobre este punto con el noble García Laso Inga, cuyo origen materno procedía del linaje real de los ingas peruanos, varón por cierto digno de toda alabanza, insigne no sólo por sus costumbres honradísimas, sino también por su afición a las más exquisitas letras, el cual precisamente ahora está preparando una historia muy deleitosa y muy verdadera de las Indias Occidentales, la cual dentro de no muchos días dará a luz<sup>15</sup>. Este varón, pues, habiendo oído esta deducción del nombre hebreo, tan traída de los cabellos y tan curiosamente rebuscada, ¡válgame Dios con qué gusto rió! Entonces al momento me dio la verdadera significación de esta palabra y la ocasión por la cual los españoles la impusieron.

---

15 Aquí Pineda se refiere a la *Florida*, escrita ya por entonces; obsérvese la forma *Inga*, que Garcilaso usaba aún en la portada de los *Diálogos*, 1590.



palabra *Brezos*, y muchas veces, pronunciando mal, decía *Bredos*. Los españoles, como no respondía a propósito, le decían: ¡Válgate el diablo, perro! ¿Para qué queremos *bledos*? El indio quería decir que era vasallo de un español llamado Cristóbal de Brezos.

*Florida*, lib. VI, cap. 15.

Esta noticia, que habría largamente conversado con Silvestre, dio pie para tratar allí del origen de *Perú*. La *Florida* anduvo concluida mucho antes de su publicación, y el pasaje muy bien pudo escribirse hacia 1589 y antes de 1592, año en que murió el conquistador.<sup>17</sup> Escribe el Inca:

A propósito del preguntar de los españoles y del mal responder del indio (porque no se entendían los unos a los otros), habíamos puesto en este lugar la deducción del nombre *Perú*, que no lo teniendo aquellos indios en su lenguaje, se causó de otro paso semejantísimo a éste; y por haberse detenido la impresión de este libro más de lo que yo imaginé, lo quité de este lugar y lo pasé al suyo propio, donde se hallará muy a la larga, con otros muchos nombres puestos acaso; porque ya en aquella historia, con el favor divino, este año de seiscientos y dos estamos en el postrer cuarto de ella, y esperamos saldrá presto.

*Ibid.*

Este segundo pasaje es bien conocido<sup>18</sup> con él termina el cap. 15, y el nombre de Gonzalo Silvestre abre el cap. 16, lo cual reafirma su condición de testigo.<sup>19</sup> Aparece allí, como se vio, la fecha 1602, huella de incesantes trabajos de corrección y reordenamiento; ya en la parte correspondiente de los *Comentarios reales* toparemos con una alusión a 1603 (o a 1604), claro indicio de que el asunto lo preocupó repetidas veces.

Ya sabemos que la *Florida* tuvo dificultades cuando pretendió publicarse en España, seguramente por obra del pérfido cronista Antonio de Herrera, quien plagió a su gusto una versión primera de esta obra<sup>20</sup>. Es de advertir que la historia del indio capturado al norte de la Nueva España narra una confusión sobre un nombre de persona, tal como en la versión que recibió Pineda.

Llegamos así a los capítulos 4 a 6 del lib. I de los *Comentarios reales*; son asunto muy recordado, pero que ahora puede entenderse mejor. Según Garcilaso,

17 Lo estudio en "El proceso de redacción de las obras del Inca Garcilaso", II, *Les Langues Néo-Latines*, Paris, 1963, nº 164, pp. 18-63.

18 Se advierte por primera vez en Miró-Quesada (*supra*, nota 3); aunque desde aquellos años lo he estudiado, aquí resulta pieza indispensable.

19 Garcilaso prefirió honrar a su amigo como soldado, sin nombrarlo como informante. No era difícil advertir su relación con la obra, y ello lo insinúa el traductor francés del Fidalgo de Elvas, en su prólogo a la *Histoire de la Conquête de la Floride*, Paris, 1685; dice allí que Garcilaso "semble n'avoir eu pour but que rapporter les exploits de Gonçalves [sic] Sylvestre". Riva-Agüero y otros afirmaron que era Silvestre; luego hubo documentación en apoyo: cf. Rafael Ramírez de Arellano, *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*, Madrid, vol. II, 1922, p. 124. La prueba definitiva de testigo en Rubén Vargas Ugarte, "Nota sobre Garcilaso", *Mercurio Peruano*, 1930, nº 137-138, p. 106.

20 Riva-Agüero advirtió el aprovechamiento de la *Florida* por Herrera (*La historia en el Perú*, Lima, 1910, cap. 2). He preferido siempre hablar de plagio. Muy importante al respecto el estudio de Miguel Maticorena "Sobre las *Décadas* de Antonio de Herrera:

en tiempos inmediatos al descubrimiento del Pacífico, cuando las naos de Valboa reconocían el sur, partiendo de Panamá, ocurrió aquel suceso; lo sitúa por la línea equinoccial, en parajes vagamente correspondientes al imperio incaico. Tal ubicación geográfica no resulta históricamente segura: un episodio semejante debió ocurrir entonces, pero más al norte. Refiere Garcilaso que desde un navío vieron los cristianos a un indio que pescaba en la boca de un río; enviados "cuatro españoles, grandes corredores y nadadores", para que no se les escapase, capturaron al infeliz y le preguntaron por el nombre de la tierra. Tras narrar morosamente el lance, concluye:

A otra semejante pregunta respondió el indio de nuestra historia de la Florida con el nombre de su amo, diciendo *Brezos y Bredos*, libro sexto, capítulo quince, donde yo había puesto este paso a propósito del otro; de allí lo quité, por ponerlo ahora en su lugar.

*Comentarios reales*, lib. I, cap. 4.

A continuación, Garcilaso ofrece su versión final sobre el episodio del indio Berú; dejémosla para más adelante, ya que exige particular cuidado: el Inca prefiere conciliar la derivación que siempre sostuvo, uniéndola a la otra, muy extendida, referente a un río. Lo hará muy a su modo, evitando polémicas inútiles y dando su parecer de hecho.<sup>21</sup> Esta decisión de armonizar dos opiniones resulta en Garcilaso hartamente explicable: el afán conciliatorio era típico del eclecticismo neoplatónico de su querido León Hebreo y demás filósofos de esta escuela.

Todavía se referirá Garcilaso, más adelante, a los pasajes que había incluido primero en la *Florida*:

... en el libro sexto, después del capítulo quince, a propósito de lo que allí se cuenta, había puesto estas deducciones de nombres [Tierra Firme, etc.] juntamente con la del nombre *Perú*.

Lib. I, cap. 7.

Eso que en la *Florida* iba a darse como noticia curiosa, en los *Comentarios reales* tendrá la sazón de una oculta polémica.

### *La opinión de fray Gregorio García*

Por aquel tiempo, en fecha imprecisa —quizás en 1604, antes probablemente—, aparece en España y en la región andaluza el dominico Fray Gregorio García, vuelto del Perú y México<sup>22</sup>. Traía entre manos varios libros. Cuenta él mismo que, como fruto de sus nueve años peruanos, había reunido noticias sobre

21 La Florida", *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, vol. XXXIII, 1966, pp. 29-62. "Los silencios del Inca", *loc. cit.*; recuerdo haber charlado sobre este rasgo de Garcilaso con tan sabio conocedor como Porras Barrenechea. La relectura de un viejo artículo me descubre que ya José Toribio Polo cayó en la cuenta de que "por prudencia calla muchas cosas" (*Revista Histórica*, Lima, vol. I, 1906, pp. 232-254).

22 No logro hallar suficiente información biográfica sobre el padre García; cf. Phillip A. Means, *Bibliotheca Andina*, New Haven, 1928, pp. 365-367.

los monarcas que “gobernaron aquel reino”, sus guerras y sucesos, hasta la entrada de los españoles; por desgracia esta obra no se imprimió. En cambio sí aparecieron la *Predicación del Evangelio en el Nuevo Mundo, viviendo los Apóstoles* (Baeza, 1625), libro hoy rarísimo, y años antes el *Origen de los indios de el Nuevo Mundo* (Valencia, 1607)<sup>23</sup>. Ambos tratados estudian asuntos que hoy parecen disparatados, aunque entonces tuvieron ilustres partidarios. Vayan dos ejemplos: el cristianismo lo predicaron en América los primitivos apóstoles; segundo, la población aborígen, cuya procedencia le parecía con razón arduo enigma, bien puede explicarse como algunos querían, por las tribus perdidas de Israel —idea hasta hoy defendida—, o también venir de La Atlántida, o del antiquísimo personaje hebreo *Ophir*, quien dio el nombre a la tierra así llamada; todo esto último se estudia en el *Origen de los indios*, que aquí revisamos. Ya vimos que la región de *Ophir* se identifica con el *Pirú*; y aun también, según argumentos sacados de interpretaciones del hebreo —*Paruaim*—, el *Ophir* abarcaba a la vez México y el Perú. Hoy el libro resulta extravagante, pero su lectura es de gran provecho, aparte las noticias históricas que aporta. Representa toda una vertiente intelectual europea ante los grandes descubrimientos.

Fray Gregorio seguía un pintoresco método dialéctico, que puede engañar a lectores apresurados, o a quienes consultan fragmentos del *Origen* ignorando el conjunto. Debatía toda cuestión, defendiendo a cada autor contra sus impugnadores. Manifiesta así enorme aprecio por las ideas de Acosta, y luego lo critica repetidamente para mantener, en ejercicios de gimnasia escolástica, peregrinas tesis sobre el origen cartaginés o bien la del antiguo personaje llamado *Ophir*. También elogia y aprovecha, así como discute, a otro dominico, fray Tomás de Maluenda, quien acababa de publicar *De Antichristo, libri undecim* (Roma, 1604). Se ve que fray Gregorio escribió hasta el último momento, poco antes de pedir licencia de impresión, pues tenía estudiado y citado el Maluenda a poco de aparecer.

A todo le llegaba su turno en defensas y ataques: a la observación sensata o a la conjetura más caprichosa. El dominico poseía un buen arsenal de erudición bíblica e histórica, y era ducho en argumentación polémica, aunque amigo de forzar datos y conclusiones. El fin que perseguía su *Origen de los indios*, más que el construir una sólida explicación, era el copioso presentar cuantas opiniones se habían sostenido, examinándolas en detalle. Había allí cierto afán prolijo

---

23 Gregorio García, *Origen*, proemio. También publicó su *Historia eclesiástica y seglar de la India Oriental y Occidental*, Baeza, 1626. La *Predicación* es obra rarísima; examiné hacia 1963 un ejemplar que tuvo en venta el librero George Heilbrun, de París. Allí fray Gregorio menciona con elogio a Pineda, tras la cortés —y astuta— réplica de éste en su *Salomón*.

y meticoloso, que primaba sobre la intención razonable de echar luz sobre tan intrincado asunto. Fray Gregorio pertenece a la eterna falange de eruditos acumulativos, secretamente inseguros en cuanto a establecer conclusiones, siempre arrimados —cosa usual entonces— al prestigio de las autoridades invocadas. Justamente por ello, el libro tiene particular interés como testimonio de época, adherido como fue a raíces medievales; permite medir, por contraste, los méritos científicos de un Acosta, a quien García admiraba sin acabarlo de entender.

Si según el momento aprecia o censura a Maluenda o a Acosta, no es de extrañar que unas veces mencione con estima al Inca Garcilaso y otras lo ataque del modo más resuelto. También arremetió contra Pineda. Nada de ello resultaba grave, pues constituía parte de su infatigable dialéctica. Aun así, bien se advierte su simpatía por la idea de situar el Ofir en el Pirú americano<sup>24</sup>. Cuando el dominico tropezó con el tomo II del *Job* de Pineda se vio obligado a rebatirlo en un largo capítulo. Pudo alguna vez conocer al jesuita sevillano, pues fray Gregorio residía en Baeza. Era lógico que le interesase discutir con aquel mestizo peruano que vivía en Córdoba y había informado al padre Pineda. Así lo hizo; no sabemos exactamente cuándo, y por ello es difícil fijar la influencia que el dominico García pudo tener en la versión última de esos capítulos de los *Comentarios reales*, primera parte, finalizada en 1603 según cuanto hoy se sabe; sólo en el último capítulo de la obra se halla una adición fechada en 1604. El libro apareció más tarde, en Lisboa, 1609. En todo caso ni en esa parte primera, ni en la segunda —*Historia general del Perú*, 1617—, Garcilaso nombra explícitamente a fray Gregorio, aun cuando sí puede existir alguna alusión, según adelante se verá.

Es muy probable que el dominico llegase a Andalucía antes de 1604, y que su encuentro con el Inca fuese hacia 1603, fecha mencionada en el cap. 5 del lib.

I, que trata sobre Perú<sup>25</sup>. Resulta incómodo exponer la complicada argumenta-

24 Sólo al terminar el lib. IV, “el autor declara su parecer y sentencia acerca del origen de los indios” (cap. 25). Lo hace a regañadientes y con mil escrúpulos. Decide aceptar a la vez, acomodándolas, muy varias posibilidades. Hoy tiene sentido pensar en un origen múltiple de la población americana, pero no siguiendo los extraños caminos que aprobaba el buen fraile. Escribe García: “los indios que hoy hay... ni proceden de una nación y gente, ni a aquellas partes fueron de sola una de las del Mundo Viejo”. Juicio muy razonable, pero menos el aceptar que unos vinieran de Cartago, otros “de aquellas diez tribus que se perdieron”, de Israel; “otros proceden de la gente que pobló o mandó poblar Ophir en la Nueva España y Pirú; también los habrá de la Atlántida platónica, etc. Aunque caiga en esta poligamia especulativa, ofrece a la vez agudas observaciones sobre la mucha “variedad y diversidad de lenguas, de leyes, de ceremonias, de ritos, costumbres y trajes”. Fray Gregorio muestra no sólo erudición sino buen juicio en ciertos puntos, como al objetar —contra Acosta— que no bastaba leer a Platón en la traducción habitual de Marsilio Ficino, antes ineludible (lib. IV, cap. 9). Hubo en García mucho y vario. La idea de que hubiera indios venidos de las tribus de Israel la sostuvieron otros dominicos, aparte Maluenda, como fray Diego Durán en México, y en Lima el hereje fray Francisco de la Cruz. Acosta refuta la idea. Le tocó intervenir en el sonado proceso inquisitorial limeño (cf. Marcel Bataillon, “La herejía de Fr. Francisco de la Cruz y la reacción antilascasiana”, artículo reproducido en sus *Etudes sur Bartolomé de las Casas*, París, 1966, pp. 309-324).

25 “Ha setenta y dos años que se conquistó” el Perú, escribe allí; Pizarro desembarcó en 1531 y Garcilaso suele contar a partir de esta fecha; podría considerarse que el dominio se consumó después, y situarse el pasaje en 1604. Me inclino por el año

ción de Gregorio García en su réplica al padre Pineda y al Inca. Hay un mar de autoridades y una selva de conjeturas. Es materia curiosa de leer, pero exige espacio. Bástenos aquí reseñar ciertas significativas referencias a Garcilaso y a Juan de Pineda. Mencionando a quienes escribieron sobre asuntos peruanos, el dominico consigna también al cuzqueño de Córdoba:

Garcilaso de la Vega Inga, biznieto de Topa Inga, rey legítimo del Perú, ha escrito una Historia de los reyes del Perú, y de los ritos y ceremonias que guardaron los indios de este reino en tiempo de su gentilidad, a quien se le debe dar crédito por muchos títulos y razones, que saliendo a luz dará muy grande gusto y deleite a los que lo leyeren.

*Origen, proemio.*

Hermano de religión de fray Bartolomé de las Casas, a quien menciona en este libro, fray Gregorio acepta el buen derecho del señorío incaico. Recuértese por otra parte que en 1603 ya estaban concluídos los *Comentarios reales*. Las palabras de García sobre el noble mestizo no pueden ser más favorables. Libro adelante, escribe:

Garcilaso de la Vega-Inga me dijo que se engañó Gómara, y los que le siguen, acerca de la significación y etimología de *huaca*: porque *huaca*, con unas mismas letras y acento, pronunciado con la garganta significa el llanto, y pronunciado hiriendo los dientes, es el adoratorio, ídolo, casa de adoración, de religión y cualquiera cosa sagrada o grandiosa o señalada en Naturaleza.

*Ibid.*, lib. IV, cap. 20.

Era observación recurrente en Garcilaso desde antes de escribir sus historias, según probó Porras; hasta la apuntó en una vieja apostilla marginal del ejemplar de Gómara que poseyó<sup>26</sup>. Sorprende advertir que, justamente cuando estudia las significaciones de *huaca*, narre enseguida el Inca un sucedido acerca del descuido de los españoles en estos asuntos:

Veráse. . . lo que me pasó con un religioso dominico que en el Perú había sido cuatro años catedrático de la lengua general de aquel imperio. El cual por saber que yo era natural de aquella tierra me comunicó, y yo le visité muchas veces en San Pablo de Córdoba.

Un día, hablando de las "diferentes significaciones que unos mismos vocablos tienen", Garcilaso dio por ejemplo *pachá*, que "pronunciado llanamente" quiere decir 'universo' y también 'cielo, tierra, infierno, suelo'. El fraile comentó que también significa 'ropa, ajuar y muebles'.

Yo dije: "es verdad: pero dígame Vuestra Paternidad ¿qué diferencia hay en la pronunciación para que signifique eso?" Díjome: "No la sé". Respondíle: "¿habiendo sido maestro en la lengua ¿hora esto?"

---

anterior. De otro lado fray Gregorio pudo haber vuelto antes a la Península. Tras la peste del Perú en 1588, dice que anduvo por Nueva España en 1597, "cuando pasé por ella" (lib. III, cap. 2), § 3). Parece no haber residido allí mucho tiempo. Quizás ya anduvo en Andalucía hacia 1600.

26 Raúl Porras Barrenechea "Una joya bibliográfica peruana", artículo periodístico de 1949, recogido en *El Inca Garcilaso en Montilla*, pp. 219-235. Sobre *huaca* en Garcilaso mis "Dos notas", *loc. cit.*, trabajo necesitado de revisión en cuanto a las

Pues sepa que para que signifique ajuar o ropa de vestir han de pronunciar la primera sílaba apretando los labios y rompiéndolos. . . ; y le mostré la pronunciación de este nombre y de otros *viva voce*; . . . de lo cual el catedrático y los demás religiosos que se hallaron a la plática se admiraron mucho.

*Comentarios*, lib. II, cap. 5.

La anécdota carece de fecha, pero las repetidas charlas sugieren que ocurrió cuando Garcilaso ya residía en la ciudad. Ignoro que fray Gregorio hubiera sido maestro de quechua en algún colegio, pero estudió el idioma. Así no fuera el personaje del paso, asunto difícil de esclarecer, consta que el Inca frecuentó esa casa y allí discutió sobre *pacha* y también, evidentemente, sobre *huaca*. Ello sugiere que fuese el propio García. Al menos hubo en Córdoba otro dominico que pudo relacionarlos. Del trato entre ambos autores hay más testimonios; escribe fray Gregorio:

Garcilaso de la Vega Inca. . . me dio por relación, como aquel que lo sabía muy bien, pues es biznieto de Topa Inga, rey del Perú, que no supieron los indios cosa era capar, ni aun los ganados.

*Origen*, lib. IV, cap. 19, § 3.

Estas menciones representan el lado favorable, pero cuando el padre García defiende la etimología de *Perú* proveniente de *Ophir*, las cañas se vuelven lanzas. Tras objetar a Pineda en el mismo asunto, criticará a su informante Garcilaso. Parte sustancial de la argumentación del dominico será el afirmar, siguiendo a Gómara, Agustín de Zárate, Levino Apolonio y el propio Acosta, que desde muy antiguo los españoles se encontraron con un río y comarca llamados Perú. En ello fray Gregorio violenta un tanto las palabras de estos autores, en quienes la existencia de ese río siempre es clara, aunque no el que los indios nombraran así una región. García ignoraba que Levino Apolonio fuese historiador dudoso quien se limitó a explotar abusivamente a Zárate. De otro lado, es sabido que Gómara y Zárate proceden a menudo de la misma fuente, cosa que ya advirtió Garcilaso y que no hace mucho estudió Marcel Bataillon<sup>27</sup>. En este punto ambos cronistas discrepan muy ligeramente. Fray Gregorio se indigna de que Pineda llegara a burlarse de las opiniones de un Arias Montano. Sabe muy bien que quien "mueve al sobredicho autor, es la autoridad de Garcilaso de la Vega Inga, de quien en otras partes habemos hecho mención". El dominico traduce y transcribe el pasaje en que Pineda presenta las noticias del Inca. Contra el jesuita, el padre García sostiene que era aceptable la transposición de letras en hebreo, tal como pudo ocurrir con *Ophir-Pirú*, para lo cual alega un pasaje de Maluenda, a su juicio definitivo. Fray Gregorio, al citar a quienes hablan del río Perú,

---

ideas del Inca sobre el quechua.

27 Cf. Charles Verlindén, "une fausse source de l'histoire coloniale du Pérou: Levinus Apolonius, *De Peruviae Regionis inventione* (1566)", *Documenta*, Lima, vol. IV, 1965, pp. 307-315; la semejanza de ciertos pasajes en Zárate y Gómara ya la había advertido Garcilaso; cf. Marcel Bataillon, "Un chroniqueur péruvien retrouvé: Rodrigo Lozano", *Cahiers de l'Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine*, Paris, 1961; Id., "Zárate ou Lozano?", *Caravelle*, Toulouse, 1963, n° 1, pp. 11-28.

incluye al portugués Antonio Galván y también “los mapas generales, globos terrestres y cartas de marear”. Todos, afirma, sitúan el lugar

en la primera tierra de aquel reino: argumento fuerte y escuadrón de gente honrada, que tendrá más fuerza en sus dichos que no Garcilaso de la Vega Inga, en el que dice de *Berú, Berú*.

*Origen*, lib. IV, cap. 6. § 2.

En seguida dará una pintoresca noticia, hoy olvidada:

El M. Maluenda cuenta esto de *Berú, Berú* muy de otra manera, como a él se lo contaron o halló escrito<sup>28</sup>. Y dice que habiendo aportado los españoles a la primera tierra del Perú, preguntaron a unos indios que adónde se hallaría oro, diciendo *oro, oro*. Los indios, no entendiendo la voz española ni sabiéndola pronunciar, repetían *birú, birú*, queriendo decir *oro, oro*, y juntamente mostrando con el dedo las tierras del Perú, que están hacia el Mediodía; de donde los nuestros, tomada esta ocasión, pensaron que toda aquella tierra se llamaba Perú, y así se le quedó este nombre, no habiéndolo sabido ni oído los indios hasta entonces.

De otro lado, el maestro fray Tomás de Maluenda no rechazaba que en hebreo *Pirú* pudiera derivar de *Ophir*, en caprichoso trueque prontamente aceptado por el padre García, quien para concluir llega a una curiosa reflexión:

Considere el lector atentamente, lo primero, cómo aquesto no se conforma con lo que dice Garcilaso; y lo segundo, cómo se compeadece que los indios no entendiesen la voz española *oro, oro*, y que conociesen que les preguntaban los españoles adónde había oro, pues señalaban con el dedo hacia el Perú.

*Ibid.*

Para fray Gregorio la explicación de Maluenda, que no era la de un río, tampoco le convenía. Advirtamos que esta noticia, poco verosímil, concuerda con Garcilaso en que hubo una total confusión de nombres<sup>29</sup>.

Rebatir al Inca significaba llevarse con él buena parte de la argumentación de Pineda. Así lo entendió García y así lo afirmó expresamente al concluir sus varios alegatos:

¿Quién no se persuade con esto que la etimología que arriba referimos del nombre *Pirú*, deduciéndolo de *Ophir*, es más verdadera y lleva más camino que no la que da Garcilaso, con cuyo dicho concluye su discurso el P. Pineda, diciendo: “¿Qué tiene que ver esto con el *Ophir*”? Pero *lea la carta que aquí le habemos escrito*,

---

28 Maluenda refuerza así aquel “escuadrón de gente honrada”; esta palabra se entiende como ‘noble’ y por ello ‘digno de crédito’. No hay en la frase, pienso, malicia contra la honestidad de Garcilaso, a quien fray Gregorio otras veces alaba. El recurrir al teólogo Maluenda tenía sus ventajas: era un poderoso dominico, apreciado en Roma y en la orden, quien por algo redactó un índice inquisitorial (otro, por cierto, el jesuita Pineda). Fray Tomás se adelantó a García en la idea de las tribus perdidas. Fray Gregorio cita aquí a Maluenda, *De Antichristo libri decim*, Roma, 1604, lib. II, cap. 24.

29 Gregorio García llevaba siempre el agua a su molino. Le fué el que Maluenda coincidiese en aquello de las tribus de Israel, asunto delicado; también lo aprovechó en opiniones sobre la lengua hebrea aplicables a *Ophir*. Ahora que ambos discrepan, fray Gregorio siempre sacará partido. Extraña mezcla de habilidad y desvarío.

firmada de autores tan graves como están citados, y verá cómo no tiene que ver *Berú*, *Berú* con *Paruaim*, que está en el hebreo; pero baste lo dicho.

*Ibid.*

*Aurum Paruaim* o bien *Peruaim* equivalía, recordemos, a un riquísimo “dos veces Perú”, que incluía la Nueva España. En ello convienen, según el Padre García, Arias Montano, Genebrardo y Vatablo: lo cual rechazaban Acosta y Pineda, con harto buen juicio. Desconcierta la figura retórica de la “carta” enviada a Juan de Pineda: ¿existió en verdad o equivalía metafóricamente a la argumentación respaldada por esos ilustres autores? En todo caso es verosímil que, viviendo cerca, ambos tuviesen comunicación.

El presentado Gregorio García escribe como un biblista de la vieja tradición, ejercitado en la disputa escolástica; se hallaba ansioso de entender los desconcertantes enigmas que planteaba el Nuevo Mundo. Ante ellos, Acosta prefería la observación racional, ligándola a una interpretación juiciosa de la Escritura y los clásicos. Ambos eran contemporáneos, pero los separaba una distancia de siglos: más que por lo atrasado de García, por lo adelantado de Acosta. Advértase la atención que mereció fray Gregorio, con quien se mostró respetuoso Juan de Pineda. No faltan en García atisbos y aciertos. Por algo el *Origen de los indios*, muy citado en el XVII, se reeditó anotado y ampliado, seguramente por obra de don Andrés Gonzalez de Barcia, en 1723.

### *La respuesta de Pineda*

Cuando en 1607 vio luz el *Origen de los indios*, Pineda, quien ya había publicado no sólo el *Job* sino sus eruditísimas anotaciones al *Eclesiastés*, andaba concluyendo otra obra: el *Salomon praeuius, id est, De rebus Salomonis Regis*, impresa en Lyon, 1609: sin duda a fines, pues el privilegio para Francia está fechado en octubre del mismo año; las licencias españolas son de julio y agosto de 1608. El lib. IV trata largamente de Tarsis y el Ofir. Por entonces la bibliografía sobre el tema continuaba creciendo. Hasta había aparecido en 1606, mencionada por Bernardo de Aldrete, la explicación final de Garcilaso sobre *Perú*. Pineda lo cita; tuvo además relación con Aldrete, cuyo hermano José fue un jesuita distinguido<sup>30</sup> Los *Comentarios reales* se imprimieron al fin en ese mismo año, 1609.

En el *Salomón*, de amable manera, Pineda se refiere a fray Gregorio y su

---

30 El doctor José Aldrete, jesuita, y su hermano gemelo Bernardo, fueron tan parecidos que, en burla famosa, Góngora los llamaba *las vnajeras*; José era canónigo en Córdoba, y renunció a tal dignidad en su hermano cuando en 1600 entró a la Compañía. José escribió *De religiosa disciplina tuenda*, Sevilla, 1615, y otras obras.

*Origen de los indios*, mencionando el lib. IV a propósito del Ofir. Asimismo escribe:

... Tampoco *Ophir* se parece en nada al nombre *Perú*, como que el nombre *Perú* se impuso casualmente, y los indígenas mismos lo ignoraban. De lo cual arguyen muchas pruebas el P. Acosta, lib. I, cap. 13, y Maluenda, lib. III, cap. 24; lo cual yo por mi parte escuché a García Laso, hombre noble y eruditísimo en cosas peruanas, y fui el primero en alegarlo en mis *Comentarios a Job*, cap. 28.

*Salomon praeuius*, cap. 16, §3; Lyon, 1609, p. 213 a.

La actitud de Pineda, quien no siempre se mostró amigo de concesiones, fue a la vez firme y flexible: recogió ordenadamente cuantas opiniones juzgó importantes sobre el Ophir indiano y con una sonrisa le cedió el fallo al lector. Era, aunque harto mejor ejecutado, el clásico procedimiento que seguía fray Gregorio. Sin desdeñarse de su anterior parecer, el jesuita prefirió esta vez no mofarse de las autoridades contrarias, a quienes juzgó, por obra de García, merecedoras de ser tenidas en cuenta. Es de notar que entre los adversarios de la idea de Arias Montano figuraban esclarecidos jesuitas, además del padre Acosta, caído en desgracia por entonces<sup>31</sup>: Barreyros, Pereyra, del Río y otros, con quienes coincidía un compañero de Pineda, Villalpando. Era, por decir así, su propio grupo, y el de Aldrete y Garcilaso. Con todo, para satisfacción de Gregorio García, se lee en el § 6, la *Conclusión sobre un Ophir occidental y peruano*:

He anotado diligentemente lo que puede decirse en pro y en contra de esta disputa sobre que Ophir estuvo situado en el Perú, y qué argumentos se pueden con razón exponer y afirmar, o por otra parte desaprobando y refutar. He decidido dejar la cuestión sin resolverse: el lector puede libremente abrazar el lado que le parezca recto. Esta tesis es al menos creíble, y aunque primero en mis *Comentarios a Job* deseché con vigor la opinión de Vatablo y de [Arias] Montano, ahora que mido el asunto por segunda vez y peso los argumentos más cuidadosamente, no parece tan ligera y deforme como yo una vez pensé, y de ningún modo es indigna de considerarse por eruditos y amantes del saber.

*Ibid.*, § 6, p. 215 b.

Fue un modo socarrón y diplomático de liquidar un asunto que al jesuita le importaba menos que a fray Gregorio, quien salió bien parado. Mucho mejor quedó el Inca, pues el eruditísimo Pineda se jactaba de haber sido el primero en citarlo: antes que Aldrete.

### *Posición armonista de los "Comentarios reales"*

Ahora cabrá apreciar mejor el episodio del indio pescador, tal como se imprimió en 1609; debe advertirse que en 1600 o algo antes, Garcilaso recibió

31 La más útil biografía de Acosta es la de Francisco Mateos, S.I. (*supra*, nota 8). Sus más serios problemas empiezan en 1594. Murió en 1600. Dejó resistencias.

los manuscritos rotos del jesuita mestizo Blas Valera, muerto poco atrás<sup>32</sup>. Lo indica en el lib. I, cap. 6, titulado *Lo que dice un autor acerca del nombre Perú*. Afirma Valera que se trata de un vocablo “nuevamente impuesto por los españoles, . . . acaso y no propio; . . . la nueva imposición de él no significa riquezas ni otra cosa grande”; y añade:

Este nombre *Pelú*, entre los indios bárbaros que habitan entre Panamá y Huayaquil es nombre apelativo que significa río; también es nombre propio de cierta isla que se llama *Pelúa* o *Petú*<sup>33</sup>.

Esto lo supieron “los primeros españoles” procedentes de Panamá, quienes llamaron así a todo ese gran reino. Es muy natural, dada la gran estima que de inmediato tuvo el Inca por su paisano mestizo, que éste hubiera influido en él. Debía haber discutido ya con Gregorio García, y así llegó el nuevo testimonio, bastante explícito, sobre ‘río’. La decisión del Inca fue conciliatoria:

El indio . . . entendía que le preguntaban, . . . y a lo que entendió qué era el preguntarle, respondió a priesa . . . y nombró su propio nombre, diciendo *Berú*, y añadió otro y dijo *Pelú*. Quiso decir: “Si me preguntáis cómo me llamo, yo me digo *Berú*, y si me preguntáis dónde estaba, digo que estaba en el río”. Porque es de saber que el nombre *Pelú*, en el lenguaje de aquella provincia, es nombre apelativo y significa río en común, como luego veremos en un autor grave [Valera]. A otra semejante pregunta respondió el indio de nuestra historia de la Florida<sup>34</sup>.

*Comentarios reales*, lib. I, cap. 4.

Muy a su modo, el Inca no entra en discusiones y de hecho ofrece su idea final, que será la misma que, antes de imprimir su historia, proporcionó a Bernardo de Aldrete, quien la recogió en su *Origen y principio de la lengua castellana* (Roma, 1606). Ya sabemos que Pineda, en su *Salomón*, alcanzó a citar esta obra. Años después, mostrando el aprecio que tuvo por el Inca, Aldrete mencionó otros puntos de los *Comentarios reales*, al publicar sus *Varias antigüedades de España, Africa y otras provincias* (Amberes, 1614). En cambio, el insigne lingüista no

---

32 Como se sabe, el Inca dice haber recibido los originales, rotos y quemados, de su compatriota mestizo Blas Valera, jesuita, ya difunto, por gracia del padre Pedro Maldonado, “que en este año de mil y seiscientos lee Escritura en esta ciudad de Córdoba”. Información al parecer exacta: Valera murió en Málaga en 1597, tras el saco de Cádiz por los ingleses. Los catálogos trienales jesuíticos muestran que Maldonado estuvo por entonces en el colegio de Málaga; en 1588 aparece en Córdoba, cuando tenía veintiséis años, y pronto leyó Escritura. Aún residía allí al principiar 1603; de pronto pasó a Valladolid. Salido de la orden, siendo agustino, publicó obras espirituales y de biblista.

33 En los ejemplares que conozco de la primera edición no hay acento en *Petu*, *Pelu* ni *Pelua*; dados los usos ortográficos vacilantes de entonces, pudieron pronunciarse; falta asimismo acento en *Peru*. Sobre la opinión del jesuita mestizo en este punto me ocupo en “Blas Valera y el Jesuita Anónimo”, *Revista de Estudios Americanos*, Sevilla, 1961, nº 109-110, pp. 73-94.

34 Es el conocido pasaje; ahora todo revela que la redacción final es fruto de una cuidadosa reelaboración; pero, muy a su modo, el autor apenas deja traslucir el mar de fondo: aquella prolija disputa que sólo en parte se revisa aquí.

tomó allí en cuenta a fray Gregorio<sup>35</sup>. Sobre el Ofir, Aldrete opinó como Acosta.

Tres al menos fueron los autores con quienes discutió el Inca su explicación de *Perú*, y en los tres apareció impresa antes que en libro de su propio autor. Por algo se lamentaba de los problemas que tuvo en la publicación, en lo cual tuvo que ver el nada escrupuloso Antonio de Herrera. Garcilaso cuenta que quiso adelantar noticias de esas "deducciones" de nombres

... temiendo me faltara la vida antes de llegar aquí. Mas pues Dios, por su misericordia, la ha alargado, me pareció quitarlas de allí y ponerlas en su lugar. Lo que ahora temo es no me las haya hurtado algún historiador, porque aquel libro, por mi ocupación, fue sin mí a pedir su calificación, y sé que anduvo por muchas manos. Y sin esto *me han preguntado muchos* si sabía la deducción del nombre *Perú*, y, aunque he querido guardarla, no me ha sido posible negarla a *algunos señores* míos.

*Comentarios reales*, lib. I, cap. 7.

Ahora sabemos que no fue sólo Aldrete el aludido, sino también Pineda y, seguramente, Gregorio García. En cuanto a Herrera, quien aprovechó a su gusto una copia de la *Florida*, no sigue al Inca en este punto<sup>36</sup>.

Modernamente habrán de surgir reparos sobre tal manera de historiar, y serán justos. Hay que recordar, sin embargo, ciertas palabras que él mismo tradujo en los *Diálogos* de León Hebreo: "... y como una verdad no puede ser contraria de otra verdad, es necesario dar lugar a la una y a la otra y concordarlas"<sup>37</sup>. El eclecticismo caracterizó a los neoplatónicos florentinos (y a sus antecesores, por muchos siglos); se hallaba además extendidísimo en aquella época. El Inca creía en la verdad de su noticia sobre el nombre de su indio Berú, en lo cual hoy resulta acompañado de otros autores; acabó por aceptar que algo había de un río, y al saber el sentido de *pelú* como nombre común, según Blas Valera, juzgó lo más conveniente esta solución armónica. Para un neoplatónico y un hombre del XVI, esta actitud resultaría más natural que hoy.

Inmejorable compañía para el humanista cuzqueño: tal como Acosta, Bernardo de Aldrete es otra de las grandes cabezas científicas que España ofreció

---

35 Al referirse al Ofir en esta obra, Aldrete cita preferentemente al jesuita Martín del Río; también a fray Tomás de Maluenda y, en una ocasión, a Gaspar Barreyros; omite a los demás (pp. 358-361). Las citas a Garcilaso tocan otros puntos y se basan en los *Comentarios reales*, ya impresos.

36 Ver *supra*, nota 20. Aunque las primeras *décadas* ya se habían editado (Madrid, 1601), Garcilaso no da señal de haberlas conocido: seguramente por abominar del autor. Tampoco figuran en la biblioteca que dejó al morir. Conocer la relación entre Herrera y el Inca exige largo espacio, y a ello espero volver aparte.

37 León Hebreo, *Diálogos de Amor*, trad. de Garcilaso Inga de la Vega, Madrid, 1590, diál. I, fo. 30 ro.; reza la apostilla, escrita por el Inca: "Una verdad no puede repugnar a otra verdad".

al mundo por aquellos años. Garcilaso no será por cierto un adelantado de la nueva ciencia, pero dentro de la situación personal que le cupo, singularísima para un mestizo en Andalucía, sus prendas le valieron el aprecio de los mejores.

#### BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA S.J. José  
1954 *Obras del P...* edición y prólogo de Francisco Mateos S.J. Biblioteca de Autores Españoles, Madrid.  
(1590) 1962 *Historia Natural y Moral de las Indias*, edición y estudio preliminar de Edmundo D'Gorman, 2ª ed. Fondo de Cultura Económica, México
- ASENSIO, Eugenio  
1954 "Dos cartas desconocidas sobre el Inca Garcilaso" *Nueva Revista de Filología Hispánica* vol. VII, México.
- ASTRAIN, S.J. Miguel  
1913 *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, vol. IV, Madrid.
- BATAILLON, Marcel  
1961 "Un chroniqueur péruvien retrouvé: Rodrigo Lozano", *Cahiers de l'Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine*, París.  
1963 "Zárate ou Lozano?", *Caravelle* 1, Toulouse.  
1966 *Etudes sur Bartolomé de las Casas*, París.
- DURAND, José  
1948 "La biblioteca del Inca" *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. II, México.  
(1949) 1976 "Dos notas sobre el Inca Garcilaso" (*Nueva Revista de Filología Hispánica* vol. III, México), en Durand 1976.  
1961 "Blas Valera y el Jesuita Anónimo" *Revista de Estudios Americanos*, Nº 109-110 Sevilla.  
1962 "El proceso de redacción de las obras del Inca Garcilaso, I" *Annales de la Faculté de lettres d'Aix Aix-en-Provence*.  
1963a "El nombre de los *Comentarios reales*" *Revista del Museo Nacional* XXXII, Lima.  
1963b "El proceso de redacción de las obras del Inca Garcilaso, II" *Les Langues Néo-Latines*, Nº 164, París.  
1965 "El Inca llega a España", *Revista de Indias* Nº 99-100, Madrid.  
1966 "Los silencios del Inca", *Mundo Nuevo*, París.  
1971 "El influjo de Garcilaso Inca en Túpac Amaru", *Copé* vol. II, Nº 5, Lima.  
1975 "Los *Comentarios reales* y dos sermones del Doctor Pizaño" *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. XXIV, México.  
1976 *El Inca Garcilaso, clásico de América*, México.
- GARCILASO DE LA VEGA, El Inca  
1951 Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas, ed. de Raúl Porras Barrenechea, Lima.
- LAS CASAS, Fray Bartolomé de  
1951 *Historia de las Indias*, ed. de A. Millares Carlo, México, 1951.
- MATEOS S.J., Francisco  
1954 Prólogo en Acosta 1954.
- MATICORENA ESTRADA, Miguel  
1966 "Sobre las *Décadas* de Antonio de Herrera: La Florida" *Anuario de Estudios Americanos*, vol. XXXIII, Sevilla.
- MEANS, Philip A.  
1928 *Bibliotheca Andina*, New Haven.
- MIRO QUESADA, Aurelio  
(1947) 1971 *El Inca Garcilaso* (Lima) 3ª ed. Madrid

- 1948 "Un amigo del Inca Garcilaso" *Mar del sur*, I, Lima.
- O'GORMAN, Edmundo  
1962 Prólogo a Acosta 1961
- OVIEDO Y VALDES, Gonzalo Fernández de  
1857-1865 *Historia general y natural de las Indias*, ed. de José Amador de los Ríos.
- PINTA LORENTE, O.S.A., Miguel de la  
1952 *Actividades diplomáticas del P. José de Acosta*, Madrid.
- POLO, José Toribio  
1906 "El Inca Garcilaso" *Revista Histórica*, vol. I, Lima.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl  
1951 *El Inca Garcilaso en Montilla Lima en Garcilaso de la Vega* 1951.
- RAMIREZ DE ARELLANO, Rafael  
1922 *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba*, vol. II, Madrid.
- RIVA AGUERO Y OSMA, José de la  
1910 *La Historia en el Perú*, Lima.  
(1916) 1962 "Elogio del Inca Garcilaso" en *Obras Completas*, II, Lima.
- ROWE, John Howland  
1964 "Ethnography and Ethnology in the XVIth Century" *The Kroeber Anthropological Society Papers* N° 30, Berkeley.
- TORRE Y DEL CERRO, José de la  
1935 *El Inca Garcilaso de la Vega. Nueva documentación*, Madrid.
- VARGAS UGARTE S. J. Rubén  
1930 "Nota sobre Garcilaso" *Mercurio Peruano* N° 137-138, Lima.
- VERLINDEN, Charles  
1965 "Une fausse source de l'histoire coloniale du Pérou: Levinus Apolonius *De Peruvioe Regionis inventione*, (1566)", *Documenta* vol. IV, Lima.